

Carolina Viñaras Pérez
cvinaras@ucm.es
<https://orcid.org/0000-0002-1171-9577>
Universidad Complutense de Madrid

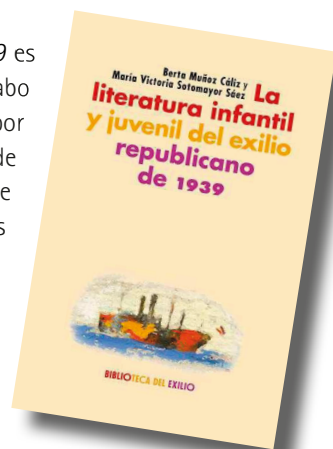
Muñoz Cáliz, B. y Sotomayor Sáez, M.V.
(2022). *La literatura infantil y juvenil del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Biblioteca del Exilio. Renacimiento. 668 pp.
ISBN: 978-84-18818-69-1.

La literatura infantil y juvenil del exilio republicano de 1939 es un eslabón más de la enjundiosa Biblioteca del Exilio, llevada a cabo por el GEXEL (Grupo de Estudios del Exilio Literario), fundado por Manuel Alvar, y dedicado desde hace más de dos décadas al rescate de obras y sus autores, hombres y mujeres exiliados, mayoritariamente republicanos. Este volumen viene a completar los estudios realizados por expertos en la investigación en LIJ del exilio español y publicados con anterioridad. Se trata de las obras, *Pequeña memoria recobrada* (2008) de Ana Pelegrín, María Victoria Sotomayor y Alberto Urdiales, y *La literatura infantil y juvenil española en el exilio mexicano* (2013) de Pedro César Cerrillo y María Teresa Miaja.

Las investigadoras Berta Muñoz Cáliz y María Victoria Sotomayor Sáez, ambas con una dilatada trayectoria en investigación en Literatura Infantil y Juvenil (LIJ), rescatan en este preciado volumen, a través de un pormenorizado estudio, las joyas infantiles escritas por nuestros intelectuales republicanos en el exilio. Los capítulos están cuidadosamente seleccionados por naciones, no solo las pertenecientes a Hispanoamérica, donde arribaron la mayoría de los desterrados, sino también otros países, como Estados Unidos, Inglaterra o la Unión Soviética, receptores, en menor medida, de nuestros eruditos compatriotas. En el caso de algunos escritores se ha seguido su periplo por los diferentes estados recogiendo el fruto sembrado en cada uno. A su vez, han dividido cada país en los géneros que en ellos se cultivaron: narrativa, teatro y lírica; además de atender otras manifestaciones menores, como la edición de libros para niños, la pedagogía aplicada en algunos centros educativos y dirigida por los exiliados o las emisiones radiofónicas de textos teatrales, poemas y cuentos para el público infantil.

El libro está encabezado por un prólogo escrito por Manuel Aznar Soler y José Ramón López García, fundador y director actual del GEXEL respectivamente. En este proemio desarrollan la trayectoria del grupo y sus investigaciones. *La literatura infantil y juvenil del exilio republicano de 1939* forma parte de un extenso y nutrido conjunto en el que se han rescatado, en mayor medida, autores menores. Es decir, aquellos escritores que, al margen del canon, han contribuido a enriquecer nuestra literatura y que, como consecuencia de la Guerra Civil y el exilio, han engrosado una masa innominada de literatos y obras denostadas por la propia España. En el caso de este volumen, el silencio que los ha acallado es doble, pues a esta hiriente situación, hay que sumarle el silencio infundido a los escritores de la LIJ.

Al prólogo le sigue una introducción escrita por Muñoz y Sotomayor donde explican la importancia de la LIJ en nuestro país durante la República y el sesgo que sufrió como consecuencia de



la guerra civil y la implantación del nuevo régimen, privando de su goce a los niños españoles. En este sentido, hay que recordar que la profusión que tuvo esta literatura durante el periodo republicano se debió a un cambio de paradigma con respecto a la LIJ decimonónica, sustituyendo el adoctrinamiento moral por la fantasía y el humorismo. Por otro lado, Muñoz y Sotomayor también recuerdan que gran parte de la LIJ sienta sus bases sobre un sustrato popular y folclórico que abarca la comprensión de todas las edades. Como bien apuntan, los cuentos de raigambre popular transmitidos desde la Antigüedad de forma oral, fueron despojados de su riqueza, arrinconándolos en una «literatura menor» destinada exclusivamente a la infancia a raíz del raciocinio ilustrado. Esto cambiaría sustancialmente durante las primeras décadas del siglo XX, donde la LIJ se posicionó a la altura de la literatura para adultos. Muñoz y Sotomayor nos acercan en este estudio los autores que poseían ya una dilatada carrera en obras infantiles antes de la guerra civil y, que, tras el exilio, eligieron este género por primera vez. En este segundo grupo engloban a los autores con una obra específicamente infantil y otros, los que desarrollaron su escritura en el límite de la literatura para adultos, pero que por la rememoración de la infancia añorada convergen en la LIJ. Comentan también, que esta vuelta a la infancia de un gran número de escritores supuso una reconexión con su identidad en medio del marasmo en el que se hallaban, pues el nuevo país se les tornaba extraño, además del sentimiento de tristeza que les invadía por el abandono de su patria. Esto recuerda al arquetipo junguiano del niño que vive en el adulto de manera interna, psicológica, y que cobra forma a través de los anhelos, deseos y miedos.

La metodología seguida por Muñoz y Sotomayor divide la LIJ en los diferentes países de acogida de los exiliados, siendo relevante el dato sobre las políticas que cada país tenía con respecto a los exiliados, además de integrar la situación editorial, teatral y educativa propia de cada nación. De manera taxonómica, los capítulos están estructurados teniendo en cuenta los países receptores, los primeros están dedicados a los de Hispanoamérica, por ser los que mayor número de exiliados recibieron. El primero y más extenso corresponde a México, un segundo apartado está dedicado a Argentina, y un tercer capítulo compilado por el resto de países americanos que recibió españoles, pero ya en una proporción menor, como Cuba, Puerto Rico, Paraguay, Venezuela, Costa Rica y Chile, además de Estados Unidos. El cuarto y último capítulo se reserva para el exilio en Europa, capítulo que a su vez se subdivide en los principales países receptores de exiliados republicanos, como son Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética.

El libro se complementa con unas reflexiones finales sobre el exilio y el retorno, además de una bibliografía escindida en obras y estudios y un índice onomástico que permite al lector la búsqueda precisa de escritores para poder situarlos en las naciones donde compilaron su obra. Dentro de cada país, la producción de los autores se divide por géneros: teatro, narrativa y lírica. Aunque es una obra conjunta, Muñoz Cáliz se ocupa del género teatral y la poesía, mientras que Sotomayor analiza la narrativa. La ingente nómina de escritores que se reflejan en esta obra son abordados desde su semblanza, su profesión antes de la guerra, el periplo emprendido con motivo de la misma; en algunos, sus estancias en las distintas naciones, las obras o trabajos realizados en el país de acogida y su devenir, pues algunos, pasados los años, regresaron a España. Todo ello se complementa con citas de destacados investigadores en la materia y testimonios de los propios autores.

Atendiendo a la realidad de cada país, han conformado los diferentes epígrafes y subepígrafes. México fue el país que acogió el mayor número de exiliados españoles y al que Muñoz y Sotomayor han dedicado el capítulo más extenso. Esto fue debido a que los mexicanos compartían la causa republicana y, por otro lado, eran conocedores de la trayectoria literaria de nuestros autores. Por esta razón, anhelaban recibir el caudal cultural español. Muñoz ha dedicado un primer apartado a

los exiliados republicanos que desarrollaron su trabajo en la escena infantil mexicana. Por un lado, Alejandro Casona cuya profesión de maestro y su interés por la pedagogía estuvo ligada al arte de Talía antes de la guerra civil, y por otro, las figuras representativas del teatro infantil, Bartolozzi y Donato, ambos máximos exponentes en el teatro infantil español con su *Teatro Pinocho*. Dentro de la literatura dramática infantil, Muñoz destaca a Antoniorrobes, cuyas piezas breves para niños fueron recopiladas en un volumen y transmitidas a través de la radio, es el llamado *Teatro de Chapulín*. Aunque Antoniorrobes dedicó su labor a la narrativa infantil, su teatro breve mantiene las mismas constantes que sus relatos, aunando el universo infantil, las raíces folclóricas y dulcificando las tramas y los personajes para minimizar, incluso anular, lo perverso. El teatro de Concha Méndez, según Muñoz, roza el lirismo con tintes autobiográficos y temas como el amor o la soledad. En la trilogía de *El Solitario* predomina el tema de la Natividad, característico de la literatura infantil, así como la sensibilidad poética característica de sus escritos, en línea con Lorca o Juan Ramón Jiménez que también escribieron obras que podrían dirigirse al público infantil. Méndez otorga propiedades antropomórficas a objetos inanimados y esto hace que, de nuevo, una pieza como *La caña y el tabaco* sea adecuada para niños. En menor medida, Muñoz hace referencia a la escena desde otros ámbitos como la escenografía, la dirección y la crítica teatral o cita el trabajo de dos autoras que, tras su retorno a España, escriben teatro infantil, Concha Castroviejo y Anna Murià. Como podrá constatar, algunos autores cultivan dos y hasta tres géneros.

Ya en la narrativa, Sotomayor nos acerca la eterna figura de Antoniorrobes y sus archiconocidos personajes Rompetacones y Azulita. Este escritor poseía ya con anterioridad una dilatada carrera en el ámbito de la LJ que continuaría desarrollando en el país azteca, al igual que Bartolozzi y Donato, portadores de un bagaje repleto de éxitos en el panorama infantil de la República, muchos de sus cuentos y piezas fueron reescritos en México adaptándolos a la lingüística y el vocabulario azteca. La infancia se torna como tema protagonista en las producciones de Mariano Viñuales o José Ramón Arana, así como el cultivo de la raíz mitológica en Ramón J. Sender o Max Aub, entre otros. Sotomayor también tiene en cuenta las traducciones y adaptaciones realizadas para el público infantil. En la lírica, abordan las obras de creación de autores como Max Aub y su poesía para niños desde un campo de concentración francés, así como los villancicos de Concha Méndez o los poemas de Ernestina de Champourcin, entre otros. También las autoras han recopilado para su estudio las antologías de folclore y poetas diversos que fueron distribuidas en centros de enseñanza, así como otras manifestaciones de la lírica infantil en el exilio, como fueron los poemas para niños publicados en los periódicos que se imprimían a bordo de los barcos de exiliados rumbo a América.

En Argentina, la narrativa proliferó más que el teatro o la lírica, pero Sotomayor explica que, aun así, no tuvo la misma relevancia que en el país azteca porque en Argentina el binomio cultural-educativo se encauzó a través de la labor editorial y las publicaciones en prensa y revistas, así como las numerosas adaptaciones de los clásicos o las biografías gracias a Francisco Ayala, Carmen Pomés o Rafael Dieste, entre otros muchos. Las narraciones infantiles escritas para niños se limitan a la escritora Elena Fortún, conocida por las aventuras de Celia, pero también, a la autora María Teresa León, que dedicó parte de su producción a la infancia. Ya en el teatro, Muñoz Cáliz nos habla de las piezas teatrales de Elena Fortún, Eduardo Blanco-Amor o María Martínez Sierra, cuyos textos no consiguieron alcanzar la puesta en escena. Entre las versiones y adaptaciones teatrales para jóvenes menciona la versión de Rafael Alberti, *La farsa de Pathelin* o los clásicos en versiones juveniles de Rafael Dieste. La lírica fue el género menos cultivado en las provincias del Río de la Plata, destacando tan solo los poetas Arturo Serrano Plaja o Rafael Alberti, así como las antologías de diversos autores.

El capítulo dedicado al exilio en otros países de América está fundamentado en las manifestaciones literarias más destacadas de la LIJ de cada nación, reduciéndose en la mayoría a uno o dos autores y centrándose tanto en obras, como en el trabajo editorial o educativo. En Cuba es notable la teoría y práctica de la literatura infantil que puso en funcionamiento Herminio Almendros. Este profesor desarrolló su magisterio bajo los principios de la ILE (Institución Libre de Enseñanza). Introdutor y difusor de las teorías de Célestine Freinet, trabajó antes de la Revolución cubana y continuó bajo el régimen castrista desarrollando su proyecto en la mejora de la educación, especialmente la escuela rural. No en vano fue considerado figura insigne en la historia cubana de la educación y la literatura infantil del siglo XX. En Puerto Rico, Muñoz Cáliz señala como referente de la lírica y signo de identidad cultural a Juan Ramón Jiménez. Su obra más conocida, *Platero y yo* (1914), escrita inicialmente para un público adulto, tuvo una cariñosa acogida entre el público infantil del país centroamericano, pero además, el poeta de Moguer se dedicó a visitar institutos y colegios, favoreciendo un trato directo y cercano con los escolares. Por otro lado, sobresale Josefina Plá Galvani en el teatro infantil uruguayo, o ya en Estados Unidos, la poesía plagada de niños del poeta de la Generación del 27, Jorge Guillén, o el tema de la infancia como sinónimo de alegría en la producción de Marina Romero.

El exilio en Europa está conformado por el grueso de los tres países que recibieron mayor número de exiliados: Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética, aunque hay alusiones a algún otro. En el teatro en Francia, Muñoz presta una especial atención a los grupos anarquistas de Toulouse. Estos grupos teatrales se organizaron en diversos núcleos en torno a esta ciudad gala, convertida en el eje del exilio libertario. Sus actuaciones estaban dirigidas al público familiar y eran participativas. Muñoz aporta el testimonio de una exiliada que relata su experiencia como espectadora de estas representaciones cuando era niña. Otro ejemplo notable fue el trabajo realizado por Adela Carreras desde Radio París. Esta bailarina y actriz cedió un espacio al relato personal de niños refugiados para otros niños oyentes españoles antifranquistas. En el apartado de la lírica y la narrativa se hallan las canciones que escuchaban los niños refugiados, el antólogo de poesía exiliada para niños, Juan Miguel Romá o los cuentos sobre niños y naturaleza de Sara Berenguer. En Gran Bretaña, Muñoz plasma en un relevante apartado, la labor pedagógica del profesor y dramaturgo José Estruch, que se hizo cargo de un grupo de niños vascos, evacuados como consecuencia del bombardeo de Guernica. Con ellos formó el *Spanish Theatre Group* con la finalidad de mantener sus raíces culturales y su idioma en un país que les resultaba ajeno, a través de las representaciones de obras clásicas representadas por los propios muchachos y que, en ocasiones, escribieron ellos mismos. César M. Arconada realizó una labor análoga en tierras rusas para luchar contra el desarraigo infantil. Este escritor se implicó en la formación intelectual de los niños y jóvenes exiliados a través de la enseñanza de la riqueza teatral de ambos países. En su cruzada estuvo acompañado por Josefa López Gavinet. Ambos publicaron un volumen para escolares titulado *Teatro Español en la Escuela* regido tanto por la educación multicultural de los niños como por los principios del comunismo. La lírica en Gran Bretaña, según Muñoz, estuvo circunscrita a los bellos poemas que Salvador de Maradiaga dedicó a su nieta en *Romances a Beatriz*, mientras que en el país soviético la poesía para niños estaba encabezada por los poemarios de Alberti, Machado y el escritor ruso Pushkin.

En este breve recorrido por la LIJ del exilio, Muñoz y Sotomayor vertebran el vasto panorama, tanto de los escritores consagrados, como de los que mostraron su inclinación por esta literatura tras el exilio, y lo hacen engarzando sus obras en los países de acogida, en los que, dependiendo del régimen existente y del grado de afiliación con la República española han tenido mayor o menor desarrollo,

como México, donde las figuras de Antoniorrobles, Donato y Bartolozzi supusieron un soplo de aire fresco para la anquilosada literatura y teatro infantil del país azteca; la gran labor editorial llevada a cabo en Argentina, pero también los nuevos relatos de Elena Fortún o los cuentos de María Teresa León; la poesía de Max Aub empleada como cura para el alma en un campo de concentración francés o, la tierna lírica para el corazón infantil de Juan Ramón Jiménez en Puerto Rico; la labor educativa de pedagogos como Herminio Almendros que contribuyó a mejorar la educación y las escuelas rurales en Cuba, además de las actividades didácticas del teatro implementadas por José Estruch y César M. Arconada como píldoras para reparar la tristeza de los corazones infantiles en Inglaterra y La Unión Soviética. La casuística de todos estos escritores, como explican, estuvo fundamentada en el desarraigo de su tierra, la adaptación, no exenta de dificultades, al nuevo país con una nueva cultura y tradiciones, pero también la añoranza de un pasado o el peso de un destierro que trataron de rememorar bajo su pluma.

Como se ha visto, esta LIJ rescatada de las fauces del olvido progresó en dos direcciones, según la consideración que otorgara cada escritor. Unos se decantaron por la construcción de una literatura que alentara un cambio para las generaciones futuras, y así salvaguardarlas del sinsentido de una guerra; otros optaron por ensalzar el pasado como clave para su proyección en el futuro. Aunque inicialmente, puede constatarse que toda la producción de la LIJ de escritores exiliados se salvó de la inconmensurable censura franquista, lo cierto es que esto no evitó que cayera en las redes del silencio y del olvido; la lejanía también contribuyó a ahondar en este sentimiento de abandono que sintieron muchos de los autores. Los pocos que consiguieron regresar a la madre patria, se sintieron deslavazados en un país que ya no percibían como suyo, mientras que los que no volvieron continuaron varados en un exilio no deseado. La recuperación de sus obras y el análisis de las mismas en ejemplares como este resarce, en parte, el desabrigo sufrido. Su literatura para niños es una huella indeleble y plausible que debe estar presente en nuestro canon.

Aunque *a priori* pueda parecer un volumen lato, sus autoras han sabido aquilatar la dilatada producción de la LIJ de nuestros autores exiliados en un riguroso estudio que ahonda en las raíces de los cuentos y en el significado de las composiciones poéticas y de los diálogos teatrales de sus creadores, a través de una prosa ágil, inteligible y no alambicada que facilita su lectura. En suma, un compendio extraordinario que traza con precisión la génesis de la LIJ, desde sus raíces en la época republicana española hasta la eclosión en los países de acogida en el exilio.

